

par de Lara , Don Ignacio de Garciga , Don Phelipe de Torres , Don Miguel de Borda , y Don Francisco de Escobar ; à quienes hizo su Magestad (Dios le guarde) vestir de preciosa grana , cubierta de galones de oro , con vestas de tesù , cabos correspondientes , y à cada vno vna vanda de tafetan doble carmesi , con vna punta de plata al canto , para que pudieran afirmarse.

Ayudaron los Ayudas de Camara del Rey nuestro señor , Don Antonio de Espina , Cavallero del Orden de Santiago ; Don Diego Cetina , Cavallero del Orden de Alcantara ; Don Joseph Rodriguez , del Orden de Santiago ; Don Sebastian Pacheco , del de Calatrava ; Don Francisco Portillo , del de Santiago ; y Don Ambrosio Zapata , asidos de las varas , como en semejante ocasion se practica.

Un poco apartado de la frente de la Silla iba el Exfan de las Guardias de Corps , el ya nombrado D. Lelio Garrafa ; y detras della , las Señoras de Honor , que fueron , la señora Doña Juana Ozores . Continua de su Mag. la señora Marquesa de los Truxillos , la señora Doña Maria Antonia Salcedo , Señora de Honor del Principe nuestro señor ; con la señora Guarda Mayor , la señora Doña Ana Carrillo , hija del señor Conde de la Ribera ; à quien circundaban los Guarda-Damas , todos maravillosamente vestidos de preciosísimas galas.

A los señores Embaxadores , respecto de llevar al Principe nuestro señor en Silla (en cuyo caso , no tienen lugar) se les hizo prevenir vna ventana del Quarto grande de Camarera Mayor , donde viesse passar el Acompañamiento ; y vna Tribuna en la Capilla , donde gozassen de la Solemnidad.

Este para España felicísimo , y en tantos tiempos no visto , Acompañamiento , fue passando por delante de la ventana donde , como se ha dicho , estaban incognitos



sus Magestades, y haziendo la debida reverencia, profi-
guìò su curso, hasta que los Alcaldes de Corte llegaron
à la puerta de la Capilla, donde en dos alas ellos, y todo
el resto de Comitiva, pararon, à fin de que passassen, el
Acompañamiento de Grandes, los que llevaban las In-
signias, Padrino, Silla, y Señoras de Honor, que avian
de entrar dentro.

En el entretiempo que llegò la Silla à la puerta de
la Capilla; passaron sus Magestades (que Dios guarde)
acompañados de los señores Mayordomos Mayores, y
Capitan de Guardias, à ocupar el lugar detràs de la ce-
losia dorada, que para este fin se destinò en la Capilla,
passando por ella descubiertos, y ocultos, segun la or-
den, que para que nadie se moviesse, se diò por sus
Magestades al Exc.mo señor Condestable, y su Exc. par-
ticipò al señor Marquès de Monrroy, Mayordomo de
Semana, quien la hizo saber à los Consejos, y Grandes.

Parò la Silla à la puerta de la Capilla Real, abrien-
dola el señor Marquès de San Juan, Mayordomo de la
Reyna nuestra señora, hasta donde descendìò su Emi-
nencia, con el Guion, que llevaba el ya mencionado
Capellan de Honor, los dos Prelados, y demàs personas
que avian de afsistirle en tal ocasion.

Saliò en braços de la Exc.ma señora Princesa de los
Ursinos el Iris de España, el Serenissimo Principe nue-
stro señor, que Dios prospere; passandole à los de su Al-
teza Real, el señor Duque de Orleans, para entrar exer-
ciendo su Exc. el segundo cargo de Madrina, por la Se-
renissima Princesa de Borgoña.

El zelo de sus Magestades, conformandose con lo
que en la Francia se practica con los Principes de su Real
Christianissima sangre, avia mandado en el mismo dia
que el Principe nuestro señor naciò, que el señor Arçobis-
po de Trapezunda, afsistido de los señores Obispos
de

de Oviedo, y Girona, que casualmente se hallaron en el Quarto de la Reyna nuestra señora, le echasse el Agua, lo qual executò, como Capellan Mayor ; teniendo al Principe nuestro señor en sus manos la Exc.ma señora Princesa de los Ursinos; conduciendo el Agua desde la Capilla el Cura de Palacio ; y siendo la Pila misma de Santo Domingo, que ya queda expressada; poniendole por vnico nombre el de Lvis, segun el Real animo de sus Magestades, respecto de lo qual, executò su Eminencia las Sacras, y Religiosas Ceremonias, que en este caso, y con este antecedente, previene, y manda nuestra Santa Madre Iglesia, en tanto que lisongeaban el ayre las suaves consonancias de la Musica, y le vestian de fragrantas nubes los preciosos humos de los incienfos.

Si la fidelidad, y el afecto en este caso, aun contenidos en los limites del respeto, y el temor, tuvieran gran disculpa en prorumpir en cariñosos excessos, y expressivas demonstraciones de su gozo; que escusa no tendrà el Paternal amor, y mas en el soberano dominio de quien no debe reconocer reparo que le impida; ni superioridad, que le detenga? Afsi la cariñosa impaciencia de sus Magestades, viendo llegar à la Sagrada Pila la adorada Prenda de sus dos vnidissimas Almas, no se pudo contener, vencida tiernamente del ardor de su cariño, ni aun en los limites, que dilatò su amante providencia; y midiendo à repetidos passos la distancia desde la celosia al Altar, se circundaron della, arrebatados del gozo: que à vista de tan tierno objeto, no dexarse llevar de su apacible poderoso atractivo, fuera vna entereza con bastantes indicios de insensibilidad.

Nombrò su Eminencia à nuestro amado Principe solamente Lvis, porque à la Fama vn solo nombre le sobra, para hazer vnico à su Dueño.

Bol-

Bolvió el Principe nuestro señor en braços de la señora Doña Maria Antonia Salcedo, Señora de Honor fuya; acompañado de sus Magestades, y su Alteza Real el señor Duque de Orleans, y Exc.ma señora Princesa de los Ursinos (ya restituida à su particular exercicio de Camarera Mayor) è inmediatos el Exc.mo señor Condestable, Mayordomo Mayor del Rey nuestro señor; el Exc.mo señor Conde de Santistevan, Mayordomo Mayor de la Reyna nuestra señora; y el Exc.mo señor Duque de Populi, Capitan de Guardias de los Italianos; Señoras de Honor, Grandes de España, Consejos, y Cabos principales de las Guardias de Corps.

Apenas hollaron sus Magestades (que Dios guarde) el Real Salon, presentaron sus Reales manos al Cardenal, à los Grandes, y Mayordomos, que besaron fervorosamente regocijados; dandose estos, y todos los circunstantes, mutuos parabienes en tan insigne dia, donde aviendo llegado al colmo nuestras esperanças, y à su termino nuestras felicidades, solo debèmos anhelar à que ya fecundo este heroyco Laurèl, produzca en generosos Vastagos tantos Augustos Pimpollos, quantos basten à fortalecer nuestra seguridad, y dilatar nuestra gloria; siendole à nuestro Real Invicto Primogenito gloriosa Cuna España, ceñida Palestra de su valor Europa, y estrecho ambito de su Corona el Mundo.







1067990



